

Por una cristología inclusiva: una propuesta feminista desde América Latina¹

(Para el encuentro de teólogas en Madrid – Noviembre 2010)

Hablar de cristología inclusiva significa ya un juzgamiento, o sea, significa afirmar que hay una o algunas cristologías que excluyen y excluyen particularmente a las mujeres de la sustancia más importante de sus contenidos y de sus representaciones públicas.

Hacer una afirmación de este tipo es sin duda limitado a un grupo específico, o sea, el grupo de las mujeres que se sienten excluidas o de las mujeres que reflexionan sobre el fenómeno religioso cristiano y sus expresiones públicas en este siglo en el cual vivimos. Estas mujeres intentan de muchas maneras buscar tradiciones no sometidas o menos utilizadas por el poder teológico clerical porque a lo largo de los siglos este afirmó su teología como la única verdadera teología cristiana. Y las mujeres hacen este trabajo no solamente porque creen al pluralismo de fuentes y tradiciones cristianas, pero porque también creen en la importancia de la tradición cristiana para ellas mismas y en sus diferentes culturas. En su perspectiva, ser cristiana no significa necesariamente vincularse de forma rígida a una institución de la religión dominada por una concepción dogmática y clerical del cristianismo. Significa buscar desde su problemática y sus necesidades actuales tradiciones cristianas o interpretaciones que les ayuden a vivir con libertad y dignidad los retos de la historia presente.

En este contexto hay que recordar también las muchas mujeres, quizás la mayoría, que siguen devotas del cristianismo en su forma “a crítica” o de vivencia popular. Estas no tienen la consciencia inmediata de las trampas culturales, políticas y sociales de sus vivencias. Asumen la religión cristiana desde sus diferentes comunidades como una herencia y referencia de vida o como una referencia de moralidad o de conducta social correctas legitimadas por un poder clerical. Así que la religión les da algunas pautas de vida, un espacio de convivencia afuera de la casa, un techo y límites de cómo pueden llevar sus vidas. Les ofrece igualmente la organización celebrativa del año a través de los momentos más significativos de la vida cristiana asumidos como parte de su cultura. Así que hoy para muchas tener una religión y seguirla es tener como una cierta disciplina de vida, es tener un código de comportamientos que las ubican en lo correcto o en algo que les parece ser la siempre buena voluntad de Dios. Esta afirmación no excluye el hecho de que adentro de este grupo muchas mujeres viven contradicciones en

¹ Esta ponencia será publicada por Doble clic -Montevideo en un libro con diferentes textos de la autora este año. El texto está escrito para ser dicho y por lo tanto tiene las características de una comunicación oral.

relación a su forma de vivir su fe en Iglesia, o sea, viven una adhesión muchas veces conflictiva en relación a las normas impuestas por la institución.

La religión en el llamado mundo post-moderno o en el mundo de la globalización económica y cultural aparece con una mezcla de expresiones al interno de una misma cultura religiosa. Las antiguas referencias institucionales rígidas ya no son reconocidas de forma homogénea como autoridades sobre todos los fieles. Las religiones de la naturaleza se mezclan a las religiones políticas e imperiales, y las religiones éticas con las de la naturaleza de forma que somos obligadas a hacer siempre la pregunta: ***¿para quien hablamos y de quien hablamos cuando hablamos de cristianismo y de cristología?***

No hay más un sujeto religioso cristiano homogéneo así como no hay un solo cristianismo y por supuesto no hay una sola cristología y una sola teología. Cada expresión teológica defiende posturas e intereses de los variados grupos que componen nuestra compleja realidad social. El reto es construir la convivencia de la diversidad sin que una expresión quiera dominar las otras o afirmarse como única verdadera. En ese sentido una cristología feminista sería una expresión de esta misma diversidad en la cual vivimos. Por consiguiente no quiere ser una cristología homogénea que corresponda a una única experiencia humana impuesta a todas las personas que se ubican en el Cristianismo. No puede más ser una cristología de cristiandad pero solamente una cristología de comunidades cristianas entre comunidades cristianas contextuales capaces de acoger sus diferencias. Hay un ecumenismo que debe ser vivido adentro de cada iglesia y tradición cristiana.

Ya podemos observar, desde el inicio de esta reflexión que se dibuja la complejidad de la cuestión cristológica por que esta reposa sobre la complejidad misma de los diferentes grupos cristianos en este siglo que es el nuestro.

¿Que quiere hoy decir hacer cristología? ¿Para quien nosotras mujeres teólogas la hacemos? ¿Para cambiar la cristología imperial de la Iglesia Católica Romana en su oficialidad masculina? ¿Para las mujeres pobres que necesitan de una inclusión social y política en las iglesias mismas? ¿Para nosotras mismas como una necesidad de afirmación adentro de los lugares religiosos tradicionales por donde hemos transitado en nuestra juventud? ¿O para nosotras mismas como una necesidad de coherencia con nuestras búsquedas actuales?

No pienso que podremos responder a todas estas preguntas ni privilegiar una y otra, porque ellas indican los diferentes puntos de vista y las diferentes tendencias de las

crisologías del siglo XX y XXI. Las preguntas tienen la función de nos ayudar a abrir algunos senderos en la oscuridad de la comprensión del cristianismo de nuestro tiempo y nos enseñan la humildad de la acogida respetuosa de nuestras diferencias. No hay una sola razón para hacer crisología feminista, hay muchas, y creo la más importante es la de agregar nuestra contribución a la grande y continua lucha de emancipación de las mujeres y de la humanidad. Esta emancipación se traduce contra las formas de como las crisologías patriarcales han tratado y siguen tratando las mujeres en complicidad con muchos sistemas de dominación. Por eso, intentamos a través del pensamiento y de acciones diversas valorar la dignidad femenina y establecer contenidos crisológicos a partir de relaciones de justicia y equidad.

Quiero desarrollar esta reflexión en tres puntos y una breve conclusión:

- 1. Crisología inclusiva como pensamiento sobre valores que sostienen la vida***
- 2. Crisología inclusiva como superación del orden patriarcal cristiano***
- 3. Crisología inclusiva como revaloración de la corporeidad humana y en particular de la femenina***

1. Crisología inclusiva como pensamiento sobre valores que sostienen la vida.

Tradicionalmente la Crisología ha sido la ciencia en vista de la comprensión del Cristo, Hijo de Dios redentor de la humanidad en su relación con la historicidad de Jesús de Nazareth el Hijo de Maria. Ha sido una forma de presentarnos la cara del Dios al mismo tiempo divino y humano en el cual habría que creer y para el cual deberíamos entregar nuestras vidas. Y esto porque solo El tenía “palabras de vida eterna” o “palabras de salvación” para la pobre humanidad que somos. Desde los textos de lo que se llamó Nuevo Testamento ya se verifica una interpretación centralista de Jesús, o sea, es el que es seguido, es el que es elevado por arriba de los simples mortales, es el que es hecho Dios para los que adherían al nuevo camino de salvación. Un Dios humano y divino, crucificado y resucitado, un Dios sufriente y victorioso, sin poder y con poder, imagen de la realidad humana de sus seguidores.

Desde la conversión del Imperio Romano al Cristianismo o del Cristianismo al Imperio en el siglo IV se desarrolló de forma constante una Crisología Imperial en torno de afirmaciones dogmáticas y de intervenciones de poder de la institución Iglesia. Es una larga historia que ya es más o menos conocida de nosotras. Desde esa historia hay que recordar que la Iglesia ha conseguido mantener una comprensión crisologica más o

menos homogénea utilizando un brazo fuerte. Se ha armado de leyes, introducido culpas y castigos en relación a los grupos que parecían discutir su credo o representar disenso. Ha penalizado gente, instaurado la Inquisición, utilizado hogueras y cárceles para que las creencias que difundía fueran las únicas verdaderas expresiones del Dios verdadero y de su Cristo. Muchos pensadores y particularmente nosotras mujeres hemos sido víctimas de esa historia de control y violencia desde las brujas de la Edad Media hasta los días de hoy.

En esta línea, hay que recordar también la historia del establecimiento de nuestras creencias cristológicas pues a menudo pensamos que ellas representan la verdad única sobre Jesús de Nazareth o sobre Dios y que esta nos ha llegado más o menos intacta desde su vida mortal. Raramente pensamos que han sido construcciones con muchos ingredientes políticos y culturales venidos de diferentes orígenes y que se amalgamaron por diferentes razones formando lo que decimos ser nuestro credo actual. Recordar eso significa afirmar que también hoy vivimos un amalgama de cristologías semejante.

En una época como la nuestra donde la destrucción recíproca de nuestros cuerpos y del cuerpo de la Tierra se torna nuestro pecado cotidiano queremos buscar una nueva clave para entender la riqueza de la tradición de Jesús, o sea queremos intentar una nueva reflexión cristológica. Y queremos buscarla porque tenemos consciencia de los muchos procesos emancipatorios de nuestra historia de mujeres sobretodo en el siglo presente y también de la tradición cristiana a lo largo de muchas historias. ¿Por donde empezar esa construcción inclusiva?

Hay muchos puntos a partir de los cuales se podría empezar pero quiero empezar por un punto que me parece incontestable à primera vista. Afirmino que todas las grandes tradiciones religiosas han empezado a afirmarse a partir del encuentro con los **cuerpos sufrientes** y han querido darles alivio. Lo mismo se puede decir del nacimiento de muchos movimientos sociales y políticos.

El encuentro con los cuerpos sufrientes y con los muertos injustamente hecho por otros cuerpos ha provocado miles de revoluciones interiores y exteriores. Estas se han explicitado a través de muchas formas históricas marcadas por el nacimiento de caminos de superación o de alivio del sufrimiento. Algunas fueran en forma de movimientos para el restablecimiento de la vida y otras en forma de creencias a través de las cuales nos alejamos del sufrimiento por una práctica ascética y por una práctica ética coherente con nuestros valores.

Así que se puede decir que los cuerpos sufrientes cuando toman consciencia del sufrimiento impuesto a ellos o del sufrimiento inherente a la existencia son capaces de generar algunas salidas o generar salvación para ellos o para otros. Buscar alivio para nuestros cuerpos tiene que ver con la materialidad misma de la vida. Todo tiene que ver con la materialidad de la vida. Hasta lo que llamamos espiritual es conectado e intuido desde la materialidad de la vida. Y creo que estamos de acuerdo que el Movimiento de Jesús ha sido un movimiento de sanación de cuerpos en diferentes direcciones y sentidos. Y las mujeres parecían incluidas en ello. En nuestros tiempos nosotras mujeres hemos tomado una consciencia particular del **sufrimiento de nuestros cuerpos**, de la opresión a la cual hemos sido sometidas por largos siglos y hasta hoy. Así, empezamos nuestro aporte cristológico desde la consciencia en relación a nuestro propio sufrimiento y desde ahí buscamos comprenderlo y transformarlo. El punto de partida es nuestro sufrimiento de aquí y de ahora.

La pregunta desde el feminismo tiene que ser sobre lo que destruye los cuerpos de mujeres y sobre lo que puede construirlos en justicia y dignidad. El mensaje y la práctica central del Evangelio aunque se ha desarrollado en una cultura patriarcal, no han excluido o destruido los cuerpos femeninos de forma directa. Ha sido más bien la organización masculina de la sociedad y de la Iglesia que excluyó nuestros cuerpos, los silenció, los acusó y los confirmó como cuerpos secundarios y dependientes de los masculinos. Por eso se puede afirmar que la Cristología tradicional no ha sido una excepción en este camino de dominación de las mujeres. De ahí, somos invitadas a reubicar la Cristología como una afirmación de valores que incluyen mujeres y hombres y no un discurso sobre la divinización de un único hombre permitiendo la manipulación de los poderes de nuestro mundo y la imposición de una manera única de ver la vida.

Desde la perspectiva feminista se puede decir que somos unas y unos Cristos para los otros, enviados para sanar dolores, restaurar la vida agredida, para apoyarnos y sostenernos. O sea, que la ayuda recíproca y los servicios, en todas sus formas sean una clave fundamentalmente ética capaz de superar la jerarquía de los sexos. Y además de eso, capaz de superar una simbología cristiana del poder y del amor que es eminentemente masculina. Rescatar la práctica cristiana desde la materialidad de los cuerpos tan presente en la tradición de los Evangelios y en la historia del Cristianismo es una forma inclusiva de afirmarnos valores de convivencia más allá de las tradiciones patriarcales. Desde el Movimiento Jesús hay una crítica a las leyes se agregan sufrimiento al sufrimiento. Por eso se afirma que Dios quiere la misericordia o sea que

necesitamos que nuestros corazones se doblen ante el dolor ajeno. Solo así se puede abrir espacios para subrayar la responsabilidad colectiva que tenemos en el mantenimiento de nuestras vidas y de la vida del planeta.

En la misma línea es tornar el título Cristo atribuido a un solo hombre, un atributo colectivo o una unción colectiva que incluye mujeres y hombres. Desde ahí, pienso que la pregunta de muchas es: *¿como hacer eso en concreto si nuestro Cristo es todavía identificado a una figura masculina? ¿Como salir de la dogmática cristologica tradicional totalmente centrada en lo masculino y construir una simbología más inclusiva?*

A partir de estas preguntas abordo otro punto importante en esta reflexión.

Las cristologías feministas han buscado muchas salidas como por ejemplo la interpretación inclusiva de la expresión Cristo como me referí anteriormente, o afirmar Cristo como la Sabiduría divina (Elisabeth S.Fiorenza). No se puede recordar todos los aportes que hemos hecho a lo largo de las últimas décadas. Pero quiero retomar una vereda que quizás podría ser reactivada particularmente en los países latinos aunque estamos conscientes de sus límites.

En la tradición cristiana hay una pareja importante que no es la de dos amantes o enamorados - hombre y mujer. Pero hay una pareja: la pareja Madre e hijo y también Madre e hija. Ambas, aunque diferentes tienen sus dificultades para el feminismo por el exceso de identificación de la maternidad a la identidad femenina. Pero hay igualmente mucha riqueza en el sentido que el Cristianismo dice que Dios ha buscado una Madre para su Hijo. Aunque afirmen que la iniciativa de ese proceso ha sido divina hay una anterioridad histórica de la Madre al hijo/hija y hasta una anterioridad biológica que nos lleva a decir que todos los seres humanos somos nacidos de mujer. Dios ha elegido un cuerpo de mujer para que de ahí salga la salvación para la humanidad. O sea de la fecundidad de la humanidad, simbolizada por la mujer afirmamos caminos de salvación. Se puede decir que el cristianismo primitivo en su estructuración teológica ha buscado una Madre para su Dios aunque posteriormente se ha sometido esta Madre a la figura de un Padre incorpóreo, espiritual y de rostro histórico masculino. Conocemos los problemas de la exaltación patriarcal de la Madre pues sigue hasta los días de hoy. Por eso se justifica la pregunta: ¿Porque rescatar diferentemente la figura de la Madre y de la maternidad?

En primero lugar rescatamos toda una visión que contiene expresiones de nuestra ancestralidad femenina y la relación al cuidado y respeto con la madre tierra. No se trata

de pensar en fusión con la madre, pero en creación diferenciada desde la madre como expresión del originario que nos constituye. Esto ya es un proceso de valoración simbólica femenina e nos invita a alargar el significado público de esta simbología.

En seguida hay que pensar que grande parte de la lucha de las mujeres hoy es para que la maternidad salga del control de los padres y de los hijos varones. En otros términos la lucha de las mujeres por el derecho a decidir sobre sus cuerpos es en el fondo también una lucha religiosa en contra al control simbólico masculino de sus cuerpos. En un sentido es también una lucha cristologica pues no solamente valora el cuerpo sufriente y resucitado masculino, nacido de mujer, pero también los cuerpos femeninos sufrientes, creadores y generadores en sus diferentes etapas y situaciones. Revaloramos el suelo fértil, el suelo que posibilita la alternativa de sanación de la humanidad. Revaloramos la madre autónoma, la madre por elección, la madre por decisión como un camino de construcción simbólica diferente. Revaloramos la mujer autónoma, la que no quiere ser biológicamente madre, la que es sin maridos, sin hijos o hijas como un camino que no reproduce necesariamente los estereotipos del mundo patriarcal. Valorar los cuerpos, los placeres, las formas, la materialidad de la vida es una consecuencia de una nueva dirección de nuestra existencia. En la comunidad cristiana, revalorar el nacimiento de Maria, el dar a luz de Maria, las amistades de Maria, la maestría de Maria en relación a su hijo y particularmente la fidelidad de Maria a los valores que construyen relaciones de justicia, son maneras de equilibrar el cristocentrismo masculino adentro mismo de la misma tradición. En la misma línea retomar a Maria como símbolo de la humanidad que incluye el femenino y el masculino. Todos nacemos de mujer. Esta es materialmente y por experiencia nuestro origen muchas veces negado por la simbología religiosa patriarcal que afirma que venimos del Padre y retornamos al Padre.

Desde el desarrollo de esta perspectiva salimos, en parte, del control sobre nuestros cuerpos utilizando la misma tradición pero desde otra clave. No queremos caer en un nuevo marianismo y por eso desde el feminismo buscamos rescatar la autonomía de las mujeres y una simbología más inclusiva. A través de la imaginación histórica reconstruimos el pasado en función de las necesidades del presente. Y podemos interferir en las culturas cristianas buscando cambios continuos y consecuentes con nuestras opciones mientras sigamos viviendo contradicciones.

2. Cristologia inclusiva como superación del orden patriarcal cristiano

De la manera como explicité arriba, hemos abierto una pequeña vereda para una Cristología inclusiva que ya no sea más únicamente en torno de la figura masculina de Jesús y de los que asumieron para si mismos la representación pública de Jesús. Hablamos del movimiento Jesús como un movimiento laico de mujeres y hombres aunque la tradición patriarcal por necesidad y por las estructuras del momento haya contado la vida de este movimiento privilegiadamente a partir de la vida y las acciones de un único personaje. Intentamos salir de una especie de cristomonismo masculino para buscar en la misma tradición caminos alternativos. Por ejemplo, hacemos un camino desde la madre rescatada como símbolo de la humanidad capaz de perdición y de salvación para si misma. Desde la madre rescatamos las fuerzas de la tierra que han sido los elementos fundamentales de las religiones primitivas. Y creo que no hay que temer el esencialismo porque no estamos ni hablando de esencias, ni haciendo distinción entre los cuerpos de la naturaleza y de la cultura, ni estableciendo jerarquías entre mujeres y hombres y naturaleza. Para nosotros seres humanos, naturaleza y cultura son aspectos constitutivos de nuestra realidad propia.

Y como he subrayado en la introducción, nosotras hemos focalizado más en los **valores** vividos por el Movimiento Jesús para abrir espacios para formas inclusivas de vivencia de la misma tradición. Recuerdo por ejemplo, la tradición simbolizada por el texto de los Actos de los Apóstoles en se que habla de la venida del Espirito. La simbología puede ser interpretada como una salida de la centralidad de un único personaje para subrayar la multitud de personas capaz de actuar en justicia y solidaridad y por eso mismo sentirse en comunión. En esta perspectiva hemos hablado de **dimensión crística**, dimensión no jerárquica en la cual todas y todos podemos incluirnos. Por todo eso vale preguntarnos de forma más sistematizada: *¿En que sentido la cristología feminista inclusiva es un intento de superar el orden patriarcal?*

Con los límites inherentes a cualquier aporte que busque retomar una tradición a partir de nuevas referencias quiero subrayar algunos puntos:

1. Proponemos otra comprensión de la tradición. Tradición ya no es la repetición dogmática y verbal de verdades. Es la histórica acogida de nuestras herencias permitiendo que sigan vivas desde nuestras vidas. Intentamos asumir para hoy y en las circunstancias plurales de nuestro hoy la tradición humanista de los Evangelios en la cual podemos ubicarnos como sujetas en igualdad con los hombres. Esta tradición se ubica más en comportamientos éticos que en la

imitación de figuras ejemplares aunque a menudo nos referimos a ellas. Por supuesto que los comportamientos son de personas pero en una perspectiva dinámica se puede decir que los valores son más que un único modelo de realización. Hablar de valores implica acoger la diversidad de sus vivencias. La práctica de la justicia vivida por Jesús y sus contemporáneas no agota la multitud de prácticas a lo largo de la historia humana.

Ya no podemos aceptar una única cristología donde todas las comunidades cristianas con su diversidad puedan incluirse y sentirse representadas. Una sola cristología es una forma velada de dominación y de exclusión de las que no se ajustan a la interpretación del poder establecido.

2. Afirmamos la necesidad de un pluralismo real en las Iglesias cristianas y una nueva geografía de significaciones para lo que llamamos cristianismo. Lo que quiero decir es que no queremos estar sometidas a una ortodoxia masculina clerical o sea una ortodoxia a partir de la cual somos juzgadas por nuestras desviaciones en relación a una oficialidad formal de la cual muchas de nosotras nos sentimos distanciadas. Buscamos una comunión en la diferencia de maneras de ver y vivir la tradición del Movimiento Jesús. Buscamos así no reducir la experiencia cristiana a la normatividad clerical pues esto es para nosotras un anacronismo y una traición a la búsqueda humana continua y múltiple de nuestra verdad.
3. Esto significa considerar las teologías feministas y otras como teologías nacidas de la comunidad cristiana, portanto *teologías laicas* y no necesariamente juzgadas y unificadas por el magisterio masculino que afirma su poder en la Iglesia Católica Romana. La afirmación del pluralismo es también la afirmación de un pluralismo de teologías que no necesariamente se excluyen y no necesariamente estarían sujetas a una misma visión del mundo determinada por una elite que gobernaría nuestras mentes, corazones y toda nuestra creatividad.
4. Esto implica igualmente salir de una cosmología donde se opone lo temporal al eterno y se afirma la jerarquía eclesiástica como la representante de los valores eternos por oposición a la temporalidad de nuestras acciones y búsquedas. Asumir no solamente el lenguaje sobre el eterno, pero afirmarse como orientadores del mundo desde los valores eternos parece ser la persistencia en una visión que se podría decir anacrónica de la historia humana y pernicioso a la condición humana de nuestros tiempos.

5. Desde esa perspectiva, los clérigos no pueden ser considerados los representantes o los mediadores de las gracias divinas de forma absoluta. Su función social y religiosa debe ser revista a partir de las necesidades actuales. La práctica del amor y de la justicia son prerrogativas de todas las comunidades humanas y por supuesto también de las comunidades cristianas. Lo que la Iglesia primitiva hablaba del sacerdocio de Cristo que ofrece su vida para el bien, nos invita a hablar de nuestro sacerdocio de mujeres y hombres capaces de ofrecer nuestras vidas a favor del bien común y de la justicia y solidaridad en nuestros tiempos. La diversidad de servicios en una misma comunidad es una división de tareas segundo las cualidades diferentes de las diferentes personas. Abrimos así la exigencia de democracia adentro de las instituciones de la Iglesia saliendo de una concepción de poder ubicada arriba de otros poderes.
6. Una vez más no buscamos como feministas afirmarnos como **la** tradición más verdadera de la Iglesia pero como una tradición entre otras que son parte del rostro plural de la comunidad cristiana. No hay ningún deseo de transformar nuestro pensamiento en teología o en cristología oficial. ¿Oficial de quien? Por que hay que garantizar una oficialidad arriba de la vida de las comunidades cristianas? ¿Por que no intentar nuevas formas de organizarse y de actuar en nuestros diferentes contextos?
7. Intentamos salir de la estructura jerárquica para reafirmar el derecho a un cristianismo plural y responsable a partir de los diferentes retos de cada espacio y de cada tiempo. Somos caminantes y desde el camino nos organizamos, intercambiamos, enseñamos y aprendemos del pasado y del presente, de unas e de otros.
8. Esta perspectiva que dibujamos en grandes líneas exige que nos eduquemos para esto desde nuestros diferentes grupos. Que discutamos posiciones y dejemos hablar nuestras entrañas. Los cambios reales exigen preparación, educación e intervención real.

3. Cristología inclusiva como revaloración de la corporeidad humana y en particular la femenina.

La cristología inclusiva que intentamos proponer se ubica a partir de nuestros cuerpos. Son ellos los lugares de salvación y de una salvación vivida en los límites de nuestras historias cotidianas. Así vivimos el misterio de nuestros cuerpos con sus límites y en su búsqueda de amor, amistad, justicia y verdad. En términos cristianos podemos decir que desde nuestros cuerpos vivimos la atracción solidaria de los valores que sostienen la vida. Y, desde un lenguaje cristiano aunque más contemporáneo podríamos decir que hacemos la experiencia del divino en nosotras o sea nos transfiguramos y nos transcendemos desde nuestros propios límites para hacer la experiencia de acoger los y las caídas en las rutas de la vida. Ante ellas y ellos doblamos nuestras rodillas afirmando la transcendencia del rostro del otro. Salimos de nuestro individualismo y nos transcendemos de cierta manera. Pasamos a conjugar desde nuestras vidas el verbo Dios como se pudiéramos “diosar” o sea tornarnos adentro de los límites de nuestra existencia, aquello en que creemos. Lo que la tradición cristiana llamó de Encarnación de Dios es afirmado desde un referencial histórico y existencial, o sea, no es desde el cielo que nos viene Dios pero desde nosotros. Podemos vivir desde nuestros cuerpos lo divino o sea lo humano divino o lo divino humano viviendo los valores que sostienen nuestras vidas. Queremos humildemente caminar como se pudiéramos intentar de ser éticamente diosas. Y humildemente nos damos cuenta de lo difícil que es conjugar el verbo diosar. En ese sentido salimos de una perspectiva filosófica de corte platónico para una perspectiva histórica realista en la cual tenemos que educarnos para ser lo que queremos ser, unos para los otros. De nuevo revaloramos la materialidad de la vida pues es solo desde esa materialidad que tenemos acceso al amor por nosotras y por toda la creación. El resto es parte de nuestras inevitables ficciones que se mezclan a nuestra vida. Por veces podemos amar más las ficciones que la realidad que nos constituye, o sea, nos ajustamos mejor a las ficciones que a la realidad por veces cruel. Esta es también nuestra condición.

Pienso que estamos hablando de una manera de tornar nuestras creencias como de hecho experiencias corpóreas y no solamente ideas abstractas que añoramos vivir como un sueño. En la misma dinámica podemos decir que nos tornamos capaces de buscar las múltiples formas de resurrección desde la historia personal y en la historia colectiva en este tiempo que es el nuestro. La afirmación atribuida a Jesús “va decir a mis hermanas y hermanos que estoy vivo” quiere decir para nosotras hoy que es en los límites de la historia vivida desde nuestras diferentes vivencias que podemos seguir nombrando las múltiples resurrecciones experimentadas. La resurrección no es primeramente y

necesariamente un acontecimiento más allá de nuestra historia mortal, pero desde ella podemos vivir esa devolución de vida o una calidad de vida por medio de la comunión y ayuda recíproca entre los seres humanos y todos los seres. Y esto se hace desde nuestros compromisos entre unos y otras para hacer con que “no haya hambrientos, ni esclavos, ni despreciados entre nosotros”. Y esto no lo conseguimos como una tarea final de la historia. Este es un camino, un camino diario elegido más allá de la llegada, más allá de los premios y de los castigos, más allá de las conveniencias del poder y de los privilegios.

Por eso revalorar la corporeidad humana es rescatar algunas intuiciones fundamentales de la experiencia cristiana de forma inclusiva y actual. Como todos los cuerpos son marcados por el sufrimiento y el dolor aunque algunos más que otros, las formas de alegría y restauración de la vida como un proceso jamás terminado son múltiples. Ya no nos convencen las resurrecciones para después de la muerte, ni los discursos sobre el fin de los tiempos. De la muerte nada sabemos y todavía menos de lo después. Nuestra fe no es sobre el después de la vida pero desde esta vida y para esta vida. Una vez más, nuestros tiempos de abundancia y miseria económica, de tecnología e inmediatez de resultados requieren nuevos referenciales para lo que llamamos Dios, Cristo, resurrección, corporeidad y corporeidad humana, Iglesia. Y de nuevo la cuestión del respeto a nuestras elecciones y creencias subjetivas debe ser parte integrante de nuestra convivencia.

La clave de una resignificación contemporánea está en la vivencia de los valores que mantienen la dignidad de nuestras vidas como referencias históricas concretas y no como ideas presentadas de forma idealista a partir de discursos o de una catequesis que nos invita siempre a negar lo que somos e afirmar una construcción idealista o idealizada del ser humano.

Con eso no estoy defendiendo la imposibilidad de cambio ético de los seres humanos a través de las religiones tradicionales pero solamente afirmando que estos cambios son condicionados a nuestra condición histórica y a la mezcla de grandeza y miseria que nos constituye. Reconocerla es un camino para hacer nuestra conversión continua desde un punto de vista cualitativo, personal y colectivo.

Revalorar la corporeidad y en particular la corporeidad femenina significa que es ahí un lugar donde se puede reempezar la reconstrucción del tejido humano. La teología de la Liberación de los años 1970 subrayó la afirmación que es desde los pobres, los marginados que hay que pensar las relaciones de justicia. La teología feminista insiste

en el mismo punto pero le agrega, el lugar de las mujeres como decisivo en la construcción del tejido humano. Y esta agregación como hemos visto introduce diferencias enormes en toda la construcción teológica.

En nuestros días se percibe que la Iglesia Católica jerárquica, de hecho, no acoge el lugar fundamental de las mujeres, ni de los pobres. Pero, si nosotras mismas lo acogemos ya estaremos actuando desde una visión laica de nuestra herencia teológica en la labor por nuestra dignidad y por la resurrección continua de los valores que han animado la vida del movimiento Jesús. Esta es la esperanza que nos anima y nos hace buscar juntas caminos de dignidad y justicia.

Breve conclusión

Al final de la presente reflexión debo confesarles un mezclado sentimiento de espanto, angustia y preocupación ante la regresión institucional y de contenidos teológicos que se manifiesta hoy en la Iglesia Católica Romana y particularmente en América Latina. Aunque muchas personas reconozcan esta problemática, la Iglesia jerárquica con su aparato de poder parece presentarse para muchos como aquella que todavía mantiene una tradición religiosa y política capaz de influenciar y orientar los pueblos.

Con eso crece en la institución el rechazo a todo pensamiento diferente, sobre todo cuando articulado por mujeres y este rechazo tiene consecuencias sobre la vida de muchos fieles.

Cada vez más se torna urgente multiplicar los lugares laicos de formación para un Cristianismo alternativo y comprometido con las grandes cuestiones de nuestros tiempos. Tenemos que ser de hecho el buen fermento, aquél que hace la masa crecer en dignidad y respecto recíproco. Tenemos que buscar más articulación entre nosotras y con grupos que representan el cristianismo popular para tentar impedir que la religión cristiana colabore todavía más con las fuerzas obscurantistas que crecen en el presente siglo. Todo eso aunque difícil no es una propuesta complicada. Tiene que ver con la sencillez de la vida humana tomada en serio. Tiene que ver con la dignidad humana que no puede ser privilegio de los bien nacidos, o de los hombres, o de los blancos, o de los que se hicieron ricos o de los que se creen representar Dios.

Amar la diversidad en sus diferentes manifestaciones es amar la vida, mi vida, mi cuerpo, tu cuerpo. Amar la diversidad es el reto de nuestro siglo. Es la invitación que nosotras nos hacemos porque hemos probado en nuestra piel lo que significa ser

considerada menos que otros o sometida o inferior a los grandes señores. Y lo hacemos porque estamos convencidas que el amor al prójimo como a ti misma es lo que nos sostiene en el misterio de la Vida.

En todo eso la vida nos está enseñando que hay que tener una gran dosis de humor. Aprender a reírse de nosotras mismas, a relativizar la fuerza del opresor, a buscar sus debilidades y mostrarlas no con la fuerza de las armas de guerra pero con humor. El humor revela el rostro oculto de la debilidad de los prepotentes. El humor es una trampa para los prepotentes porque revela sus engaños y mentiras. Y para todo eso hay que ayudarse mutuamente a rescatar la alegría de vivir este instante, único, insustituible y pasajero como todo lo que existe.

Algunos textos interesantes para repensar la religión y la cristología

Además de los textos cristológicos conocidos de las teólogas norteamericanas y europeas de los últimos 20 años que hemos leído quisiera agregar algunos libros provocativos.

- . Bufford, Bill. *Entre os vândalos*. São Paulo: Companhia das Letras, 2010.
- . Ehrenreich, Barbara. *Dançando nas ruas – Uma história do êxtase coletivo*. Rio de Janeiro/São Paulo: Record, 2010.
- . Haight, Roger. *O futuro da Cristologia*. São Paulo: Paulinas, 2008.
- . Gebara, Ivone. *Compartir panes y peces*. Montevideo: Doble Clic: 2008.
- . Jung, Carl. *O homem e seus símbolos*. Rio de Janeiro: Nova fronteira: 2008.
- . Rieger, Joerg. *Christ & Empire. From Paul to Postcolonial Times*. Minneapolis: Fortress Press, 2007.

Ivone Gebara

Noviembre 2010.